

***MUJERES, ANTIPERONISMO Y ANTIFASCISMO EN ARGENTINA
(1943-1955) ****

WOMEN, ANTI-PERONISM AND ANTI-FASCISM IN ARGENTINA (1943-1955)

Sara A. Perrig

*Universidad Nacional de Villa María
Instituto de Desarrollo Económico y Social*

Recibido: 15/07/2016 - **Aceptado:** 18/10/2016

Formato de citación: Perrig, S. A. (2017). “Mujeres, antiperonismo y antifascismo en Argentina (1943-1955)”. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 73, 139-167, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/sperrig.pdf>

Resumen

El presente artículo explora las caracterizaciones que se hicieron del peronismo en Argentina desde espacios políticos, intelectuales y católicos opositores y la participación que tuvieron en ello aquellas mujeres que no se identificaban con el gobierno de Juan Domingo Perón. En primer lugar, el trabajo sostiene que la lucha antifascista abrió las puertas al accionar femenino en la esfera pública a la vez que habilitó su participación en las diferentes discusiones que hacían al clima político de la época. En segundo lugar, se analiza cómo las antiperonistas participaron de un ambiente interpretativo donde conceptualizaciones como la de la *psicología de las masas* contribuyeron a forjar una posición tanto respecto a Perón como a sus seguidores.

Palabras clave

Historia de las mujeres, antifascismo, peronismo, antiperonismo, discurso político.

* Agradezco el apoyo académico contante de Elizabeth Jelin, así como los aportes y la lectura que realizaron de este trabajo Silvina Merenson, Eleonor Faur, Victoria Daona, Pablo Gudiño Bessone y Juan Manuel Reynares, si bien los libero de toda responsabilidad sobre su contenido.

Abstract

This article explores the characterizations that were made of Peronism in Argentina from politicians, intellectuals and opponents Catholic areas, and participation in it were women who did not identify with the government of Juan Domingo Peron. First, the paper maintains that the anti-fascist struggle opened the doors to women action in the public sphere while it enabled their participation in the different discussions that made the political climate of the time. Second, the article analyzes how antiperonist participated in an interpretive environment where conceptualizations as the psychology of the masses helped forge a position regarding both Peron and his followers.

Keywords

Women history, anti-fascism, Peronism, anti-Peronism, political discourse.

1. INTRODUCCIÓN

El 23 de junio de 1943 se produjo en Argentina un nuevo golpe de Estado conocido como la Revolución del 43. Éste fue aceptado por buena parte del espectro político, aunque después la oposición abarcó no sólo a los distintos partidos políticos sino también a representantes de la cultura y una porción, aunque minoritaria, del ámbito católico. Ciertas medidas llevadas a cabo por el gobierno y una actitud hostil a todo pensamiento divergente produjeron la desconfianza hacia éste. En poco tiempo la oposición a la Revolución del 43 iría mutando hacia una oposición antiperonista en tanto tendría su punto nodal en uno de sus principales voceros: el Coronel Juan Domingo Perón.

Hechos como la Italia fascista (1918-1939), el franquismo en la Guerra Civil Española (1936-1939) y el nazismo en Alemania (1933-1945) sirvieron para caracterizar, en múltiples entrecruzamientos con el pasado argentino, el fenómeno peronista desde sus inicios. Las mujeres tuvieron una importante presencia en el clima político de la época. Ya sea desde la militancia partidaria, en espacios culturales o católicos, comenzaron a discutir, opinar, refutar, criticar y evaluar el ascenso del peronismo y su aceptación cada

vez mayor por buena parte de la población. La conjunción entre una perspectiva general de desconfianza hacia las masas y la figura de un conductor con rasgos fascistas llevó a muchas de ellas a reunirse en contra de un gobierno que consideraban autoritario.

En primer lugar, este trabajo aborda la participación de las mujeres en la lucha antifascista y cómo éstas comenzaron a intervenir en las diferentes discusiones que hacían al clima político de la época. Discusiones que excedían aquellos temas considerados propios de las mujeres como el hogar y la familia. En segundo lugar, el trabajo analiza el modo en que las mujeres antiperonistas [¹] participaron de un ambiente interpretativo donde conceptualizaciones como la de la *psicología de las masas* contribuyeron a forjar una posición tanto respecto al gobierno de Juan Domingo Perón como a aquellos que se instituyeron en objeto y sostén de sus políticas.

2. LAS MUJERES EN LA LUCHA ANTIFASCISTA

La década del 40 inició convulsionada por el ascenso del nazismo en Alemania, ya con la experiencia fascista en Italia y el franquismo en España. La Segunda Guerra Mundial (1939-1945), que en principio se había presentado como un conflicto europeo, se transformaba con la entrada de Estados Unidos al grupo de los aliados en un conflicto de orden global. En Argentina, por su parte, una década de fraude electoral e inestabilidad institucional no auguraba demasiados cambios. Los años 30 habían visto surgir el movimiento antifascista en oposición a la instauración de tipos de gobierno cuyos ecos locales estaban en una sucesión de políticas represivas y antidemocráticas que anulaban la expresión de la voluntad popular. Los gobiernos conservadores de este período combinaron la política de fraude electoral con medidas tendientes a fomentar la recuperación económica de la Argentina (fuertemente herida por la crisis del 29), acentuando la dependencia del país frente a los capitales extranjeros, principalmente de Gran Bretaña. Se sumó a ello, el impacto que generó en el país el inicio de la Segunda Guerra Mundial, lo cual movilizó aún más a aquellos sectores que participaban

¹ El presente trabajo adopta la noción de mujeres antiperonistas para referirse a aquellas figuras públicas con una intervención activa en la vida política y una oposición sistemática al primer peronismo (1943-1955). La utilización de esta conceptualización es a fines analíticos y no supone uniformidad entre las mujeres que se opusieron al accionar político y gobierno de Juan Domingo Perón, refiere más bien a un ambiente interpretativo que las ve reunirse en su oposición a la relación de Perón con las masas y su progresivo ascenso político.

activamente de la ayuda a las víctimas del franquismo en España a través de instauraciones como Socorro Rojo y la Junta para la Victoria.

La crisis política, económica y social local era leída bajo la lupa de los sucesos vividos a escala transnacional. La política internacional se constituyó, por un lado, en un área de disputa con el gobierno local dada su posición de “neutralidad” respecto a la inminente y luego declarada guerra mundial; y, por el otro, en un referente a partir del cual los grupos opositores -radicales, socialistas, comunistas, demócratas progresistas- leyeron el accionar político de sus gobernantes. Esta lectura hecha a la luz de la tradición caudillista argentina (Juan Manuel de Rosas y los caudillos decimonónicos), encontraba su contraparte en la visión liberal de la historia identificada con la Revolución de Mayo de 1810, los próceres liberales del Siglo XIX y la Constitución de 1853. Sucesos como la invasión a Etiopía (1935), el estallido de la guerra civil española (1936), el Anschluss, la invasión a los Sudetes y los acuerdos de Munich (1938), el pacto germano-soviético y la invasión a Polonia (1939), la caída de París (1940), y el ataque a Pearl Harbour (1941), entre otros, hacían intolerable la insistencia que se hacía desde las esferas de gobierno de permanecer “neutrales” frente a la dura contienda que se vivía en el viejo continente.

En este juego entre lo local y lo transnacional como realidades íntimamente imbricadas se forjaron, en palabras de Andrés Bisso (2007), dos de las imágenes más populares de Argentina generadas con relación al conflicto ideológico mundial: la del fascismo criollo y la de la amenaza nazifascista. Como sostiene el autor, la mixtura entre una y otra habilitó una serie de calificaciones sobre el gobierno local a la vez que actuó como catalizadora de la movilización y unión de diferentes grupos políticos y sociales en torno a una idea de democracia asentada en los valores de libertad y moralidad. La construcción de la imagen del fascista criollo (identificada con Juan Manuel de Rosas y el caudillismo) le permitió a los antifascistas forjar la idea de la existencia de dos argentinas: aquella que respondía a los ideales de libertad, culta y civilizada, y aquella otra que, manejada por conductores demagógicos, era expresión de la más insoluble barbarie [2]. Sostenía Eugenia Silveyra de Oyuela, católica liberal y activista en la lucha

² Respecto a la fórmula “civilización o barbarie” –enunciada por Domingo F. Sarmiento en 1845– y el modo en que ésta atraviesa la historia argentina de la primera mitad del Siglo XX como imagen fundacional de la doctrina y el programa liberal (Svampa, 2006).

antifascista: “Hemos asistido a la exaltación de los tiranos, transformando a Rosas en el héroe característico y predilecto de la nueva política” (Silveyra de Oyuela, 1944: 2). Mediante esta postura, los antifascistas se oponían a todo aquello identificado con el movimiento nacionalista, al cual consideraban su principal enemigo a la vez que linaje de los sucesivos fascismos criollos: “detrás de cada institución ‘nacionalista’, hay un foco fascista, es decir, un núcleo de hombres enemigos del pueblo, enemigos de la democracia, enemigos de la libertad, dispuestos a arremeter contra él, con violencia y sin piedad, tan pronto como las circunstancias lo indiquen” (*La Vanguardia*, 8 de octubre de 1936: 8).

En la coincidencia entre la crisis política local y el impacto de los procesos internacionales, la lucha antifascista se expresó desde el correr de los años 30 tanto en las calles, a través de reuniones, actos y proclamas, como en un buen número de publicaciones e instituciones [³]. Éstas se constituyeron en la expresión de un movimiento que respondía a la vertiginosidad de los tiempos y que, antes de reparar en el desarrollo de ideas e interpretaciones exhaustivas de los sucesos vividos, consideraba la necesidad de actuación inmediata para extirpar todo vestigio de recepción nazifascista en el contexto argentino. La movilización se organizó también en torno a la ayuda a los países damnificados, lugar donde las mujeres encontraron un canal de participación que, en muchas de ellas, sería una vía para adentrarse en las discusiones políticas de la época. La lucha antifascista abría las puertas al accionar femenino en la esfera pública y habilitaba la participación de las mujeres en los debates que rodeaban aquellos hechos por los cuales éstas se movilizaban. Si bien su accionar estaba ligado a la ayuda social en respuesta a la urgencia de aquellos países que la necesitaban, el hecho de salir de sus hogares e invadir las calles a través de diferentes actividades despertaba su interés por lo político. El *ser* partícipes las hacía sentirse con el derecho de opinar, proponer y ejecutar. Ya no eran sólo sus derechos en lucha, sino los de toda la sociedad (hombres y mujeres), de los que dejaban su vida en la guerra o los que ésta se llevaba. Descentrar la lucha de sí mismas y ponerla en lo público como lucha comunitaria abrió una vía de participación que hasta entonces había quedado vedada sólo a aquellas mujeres que se identificaban o participaban formalmente de alguna organización femenina.

³ Entre otras, se encontraban el Semanario *Argentina Libre!* ...*Antinazi* (1940-1947), la revista *Orden Cristiano* (1941-1948), La Sociedad Argentina de Escritores (SADE), la revista *Sur*, el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) y la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), Acción Argentina (1940-1943) y la Junta para la Victoria (1941-1947).

En este sentido, la incorporación de un importante número de mujeres en la vida política a raíz de la lucha antifascista no sería en función de la búsqueda de sus propios derechos sino en pro de una causa política más amplia: la oposición a regímenes de gobierno de corte autoritario. Así, las mujeres comenzaron a familiarizarse desde las bases más ínfimas con los asuntos públicos y a adquirir confianza en su accionar más allá de sus propias carencias. Lo que no se podía ejercer en la teoría, o bajo la tutela de la ley, se ejercía en la práctica. Ya fuese en el hogar, o en las reuniones partidarias, en espacios culturales o católicos, comenzaron a discutir, opinar, refutar, criticar y evaluar la política argentina a la luz de un clima de época que exigía respuestas. Algunas lo hicieron desde diferentes agrupaciones políticas o sociales; otras, en las plazas o en las esquinas de los barrios. De cualquier modo todas se vieron interpeladas por la “urgencia del momento”, recuerda Fanny Edelman, militante del Partido Comunista Argentino (PCA): “La labor política, ideológica y material realizada fue esencial en la elevación de la subjetividad de miles de mujeres consustanciadas con la causa que defendíamos” (Edelman, 2001: 184).

La lucha en pro de la causa antifascista dejó de lado las reivindicaciones femeninas si bien implicó una expansión en términos de la participación de las mujeres en la vida política del país. Para las principales figuras de la época, la guerra suspendía toda actividad a favor del reconocimiento de los derechos civiles y políticos de las mujeres y reservaba las energías femeninas para la ayuda a los aliados. No obstante, su lucha contra el nazifascismo les permitiría no sólo intervenir en aquellos temas considerados tradicionalmente de mujeres como el hogar y la familia, sino también participar en los diferentes debates que se daban en la esfera pública-política. Sostenía Alcira de la Peña (PCA): “La ayuda a los países que lucharon contra el fascismo fue el motivo que en nuestro país agrupó a mayor número de mujeres y que más contribuyó a su politización” (De la Peña, 1946: 44). [4]

⁴ Tanto Alcira de la Peña como Fanny Edelman tuvieron una actuación preponderante en la lucha antifascista así como en la oposición al peronismo. En el caso de la primera, ésta fue candidata a la vicepresidencia por el PCA en 1951, año en que fue reelecto presidente Juan Domingo Perón, y en 1954, ante la muerte de Hortensio Quijano (1952) quien había acompañado a Perón en la fórmula presidencial (Perrig, 2013).

La lucha antifascista tomó diversas formas y aglutinó como propias una multiplicidad de causas. La Junta para la Victoria es uno de los ejemplos más importantes. Ésta se constituyó por impulso del PCA en 1941 y llegó a reunir a más de 45.000 mujeres a lo largo y ancho de todo el país. En el Art. 1 de sus Estatutos, se establecía que la Junta para la Victoria “es una organización femenina que propendrá a unir a las mujeres democráticas para prestar ayuda moral y material a los que luchaban contra el fascismo, para estabilizar la paz, para defender los derechos de la mujer y solucionar los problemas de la salud y la educación de los niños” [5]. Una de las principales características de esta organización es que aglutinaba mujeres de todos los estratos sociales que confluían en su oposición al nazismo. La Junta nació a la luz del PCA, pero excedió toda inscripción partidaria para convertirse en un importante movimiento de mujeres e impulsar la participación de éstas en una causa política. Escribía María Rosa Oliver:

“Redactamos el llamado convocando a lo que luego constituiría la ‘Junta de la Victoria’. Su signo fue la V formada por el índice y el mediano, que Churchill había divulgado, y se decidió que no se aceptaría ninguna donación que no estuviese marcada con la V que a cada país correspondía: la blanca a Francia (por la cruz Lorena), la azul a Gran Bretaña, la roja a la Unión Soviética y la verde a China. Al constituirse la ‘Junta de la Victoria’ Volvimos a reunirnos las que habíamos pertenecido a la ‘Unión Argentina de Mujeres’, y a la Ayuda a la España Republicana, excepto unas pocas que se rehusaban a actuar con las comunistas. En cantidad inesperada, otras nuevas se acercaron a nosotros” (Oliver, 2008: 94) [6]

La Junta ocupó un lugar central en la lucha entre totalitarismo y democracia. Una característica notable de esta organización fue el deseo de democracia en el extranjero y

⁵ *Estatutos. Junta de la Victoria*. Folleto, 1941.

⁶ Afiliada al PCA desde 1930, escritora, y asidua colaboradora de la revista *Sur*, María Rosa Oliver se caracterizó por su lucha antifascista y por el despliegue de diferentes estrategias para lograr el reconocimiento de los derechos femeninos. Durante el peronismo se identificó con la oposición antiperonista y mantuvo su crítica a éste durante todo el período de su existencia a partir de diferentes medios discursivos como la crítica literaria y la escritura de ficción.

dentro del país, ya que el avance del Eje en Europa y la supuesta influencia fascista en tierras argentinas hacían pensar en una importación del autoritarismo. Para Sandra McGee Deutsch (2013), la Junta de la Victoria tuvo características distintivas dentro de los grupos antifascistas de mujeres. Si bien tenía ciertos puntos de contacto con casos como Francia y España, donde las mujeres se movilizaron para defender sus Repúblicas, su foco en modelar y amplificar las prácticas democráticas en pro de la democratización del sistema político fue único [7]. La Junta existió desde 1941 hasta 1943, cuando el gobierno de facto la clausuró y un año después puso fin a sus actividades por decreto. En 1945, se permitió a ésta reanudar sus acciones como parte de la apertura democrática de posguerra. Sin embargo, los tiempos habían cambiado, el final de la guerra, las elecciones nacionales de 1946, y el reconocimiento del sufragio femenino en 1947, hicieron que la Junta se desvaneciera y no volviera a organizarse como tal (McGee Deutsch, 2013: 173). [8]

La lucha de los antifascistas desde los años 30 pareció encontrar un respiro al producirse la Revolución del 43. Los sectores antifascistas forjaron esperanzas al creer en la posibilidad de acabar con la inestabilidad institucional. Mediante el llamado inmediato a elecciones libres se esperaba recuperar la seguridad democrática perdida en la década anterior. El apoyo a “la causa” de los aliados, que se creía adoptaría el nuevo gobierno, garantizaría también una nueva posición de Argentina en el escenario mundial, esta vez como garante de la paz, en contra del exterminio y violación a la vida humana que suponía la contienda en Europa. Sin embargo, los buenos augurios duraron poco. El gobierno clausuró varias de las instituciones y publicaciones que se habían constituido en favor de la lucha antifascista. Asimismo, dispuso la expulsión de un importante número de estudiantes y profesores de las universidades públicas, creó la Secretaría de

⁷ Para la autora la Junta trató de implementar una visión más amplia de la democracia. Además de ayudar a los Aliados, movilizó a un amplio sector de mujeres y las insertó en el ámbito político, limó las diferencias entre ellas y fomentó su participación en el proceso político. Difundió ampliamente su mensaje con el fin de llevar a las masas hacia una órbita antifascista y fomentó la inclusión de hombres y mujeres de diferentes clases, religiones, etnias y regiones en la política para que pudieran debatir como ciudadanos libres e iguales (McGee Deutsch, 2013: 159).

⁸ Desde el PCA, y ante la disolución de la Junta de la Victoria, se creó la Unión de Mujeres de la Argentina (UMA). La UMA fue creada en 1947 por el Partido Comunista con el propósito de revitalizar las movilizaciones de las organizaciones femeninas multipartidarias del período de entreguerras, principalmente la Unión Argentina de Mujeres y la Junta de la Victoria. Dicha organización seguía la consigna de la Unión Soviética respecto a la necesidad de aglutinar masivamente a las mujeres sin distinción religiosa o partidaria. Su principal publicación fue *Nuestras Mujeres*, donde escribían un importante número de mujeres comunistas (Valobra, 2005).

Prensa para el control de la oposición, abolió los partidos políticos, instauró la enseñanza religiosa en las escuelas y mantuvo la neutralidad ante la Segunda Guerra Mundial. Estas medidas fueron leídas por la oposición a la luz de la posible instauración de un régimen totalitario en el contexto local de la mano de las potencias del Eje: “Para toda la izquierda, muy imbuida del liberalismo, muy antifascista, el peronismo era un colazo del fascismo. Perón había estado de agregado militar en Italia, el grupo de los coroneles, el GOU, era germanófilo, conocíamos la mentalidad castrense, entonces dijimos, bueno, ahora la vamos a tener aquí” (Oliver, 1971: 56) [⁹].

Lo cierto es que la figura de Juan Domingo Perón, primero como Secretario de Trabajo y Previsión, y luego como Ministro de Guerra y Vicepresidente, adquirió un apoyo creciente de la población, en especial, de los sectores más vulnerables, al atender y canalizar varios de sus reclamos. No obstante, como sostiene Daniel James, el peronismo no sólo canalizó las demandas materiales de los trabajadores –también otros movimientos políticos se habían preocupado por esas mismas necesidades y ofrecido soluciones– el atractivo político fundamental del peronismo residió en su capacidad para redefinir la noción de ciudadanía dentro de un contexto más amplio (James, 1999: 27). Esto supuso una idea de democracia que incluyera tanto las demandas por el reconocimiento de derechos como de reformas sociales para su consecución y mantenimiento, con base en “una actitud que trataba con escepticismo las demandas políticas formuladas en la retórica del liberalismo formal” (James, 1999: 30). Con todo, el peronismo fue discutido desde sus inicios por la oposición a partir de diferentes atributos despectivos tanto hacia aquellos que lo apoyaban como a su conductor: Juan Domingo Perón.

3. EL PERONISMO Y LAS MASAS

Por parte de los hombres como de las mujeres que conformaban el espectro político opositor, las caracterizaciones que el peronismo recibió desde sus inicios responden a un ambiente interpretativo donde conceptualizaciones como las de la *psicología de las masas* contribuyeron a forjar una posición tanto respecto a Perón como a sus

⁹ Los autores de la Revolución del 43 integraban una logia militar, el GOU (Grupo de Oficiales Unidos), creada en el seno del Ejército Argentino, de marcada tendencia nacionalista y ligada al pensamiento católico (Potash, 1984; Zanatta, 1999).

seguidores. Estas conceptualizaciones asociadas a lecturas clásicas como las de Hippolyte Adolphe Taine (1878) y Gustave Le Bon (1905) remiten al modo en que unas ideas surgidas en un momento determinado son reelaboradas y apropiadas en un espacio político-cultural diferente de aquel para el que fueron originalmente diseñadas. Esto es, cómo ciertas definiciones conceptuales de lo social se activan mediante la discusión y conflicto en significantes posibles de ser cubiertos por nuevos contenidos ante la necesidad de construir respuestas a lo que una época, un país o unos grupos sociales perciben como un problema (Rosanvallon, 2002). Principalmente las ideas de Taine alimentaron la formación intelectual y política de la generación del 80 en Argentina en lo que hace a la reflexión sobre la multitud y su posibilidad de manipularla [¹⁰]. De allí el libro de José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas* (1899), según el cual las masas aparecen en la escena política arrastradas por imágenes y mitos manipulados por algunos líderes que empezarán a llamarse carismáticos, nucleadas y movilizadas por razones que antes que racionales son pasionales e instintivas.

Las teorías clásicas, como las de Le Bon y Taine, que intentaban explicar la conformación de los movimientos de masas partían de dos supuestos: por un lado, el carácter de irracionalidad del movimiento, fundado en la línea que separa las formas racionales de organización social y los fenómenos de masas –lo normal de lo patológico–. Por otro lado, y en relación a lo anterior, la idea de que el individuo pierde racionalidad al entrar en contacto con el grupo –peligro de infección de las multitudes– (Laclau, 2005: 46). Este peligro de infección de las multitudes era mayor en algunos grupos que en otros, en la aristocracia y en los hombres lo era menos que en las clases populares, las mujeres y los niños. En las mujeres ello se explica en que eran más propensas a la demencia y menos capaces de contener sus pulsiones instintivas. Dichos pensamientos se basaban en teorías que sostenían que en el curso de la evolución biológica los hombres habían desarrollado más sus capacidades mentales que éstas. En las mujeres, el apetito por la sangre y el sexo era insaciable y, por ende, eran más propensas al contagio de las multitudes (Laclau, 2005: 53).

¹⁰ La generación del 80 es uno de los grupos sociales –intelectuales y políticos– que pensaron la construcción de una nueva nación en lo que había sido una porción del imperio español. Su principal objetivo era el progreso y orden de la Argentina a través del modelo agroexportador logrando así su inserción en el mercado internacional y el apogeo de la clase terrateniente. Identificada con el amplio período de 1880 a 1916, conocido como la República Conservadora, la generación del 80 supuso también un sistema político que concentró el poder a través de la baja participación y el fraude electoral.

Estos supuestos operaron como un eje sobre el cual se organizó la visión del peronismo como un fenómeno político “aberrante”. La conjunción entre una perspectiva general de desconfianza hacia las masas y la figura de un conductor con rasgos “despóticos” se constituyó en una forma de oposición a un fenómeno político al que adhería buena parte de la población. Las antiperonistas compartieron con sus pares esta forma de interpretación del peronismo pero presentaron algunas diferencias en términos de la asociación que a menudo se hacía entre la adhesión masiva al movimiento y el apoyo que Perón recibía de las mujeres. El triunfo de regímenes de corte autoritario, dentro y fuera de las fronteras del país, no podía ser atribuido o responsabilizado en las mujeres, sino que incorporaba por igual a unas y otros. No obstante, si bien muchas de ellas sostenían que la “manipulación de las masas” que implicaba este tipo de movimientos estaba lejos de recaer exclusivamente en el sexo femenino, algunas consideraban que las mujeres sentían una afición particular por la figura “varonil” del conductor o líder. Sostenía Alicia Moreau de Justo, militante del Partido Socialista (PS):

“¿Cuál ha sido la influencia de la mujer en el advenimiento del totalitarismo? Más o menos la del hombre. Donde poseía el voto (Alemania) hubo millones que votaron por él; donde no lo tenía (Italia) formó, como el hombre, parte de las multitudes entusiastas hasta el delirio, adictas hasta el fanatismo. También sufrió la sugestión colectiva, en ella revivió intensamente el instinto gregario, en ella renació la admiración por la fuerza, la sumisión de la sierva milenaria ante el macho prepotente, dispensador ayer del alimento, hoy del lujo o del prestigio social” (Moreau de Justo, 1945: 88-89).

Aún así, esta afición particular de las mujeres por el líder no era fundamentada en el orden natural, sino en la educación que éstas recibían bajo el régimen totalitario, no sólo no se respetaban sus derechos como persona, sino que sólo se le reconocía su valor para tener hijos, su fecundidad. “La mujer es educada, sugestionada, para que cumpla con esa misión: ‘dar hijos al Führer’. Se equipara la maternidad a la tarea del soldado, se la convierte en un medio de expansión, de conquista nacional” (Moreau de Justo,

1945: 91). También Alcira de la Peña compartía esta postura, y agregaba respecto a la consigna nazi, 'hogar, hijos e iglesia': “Nosotros no queremos para la mujer argentina tan triste destino; no queremos para ellas el embrutecimiento a que las llevó Hitler” (De la Peña, 1948). Dentro de estas consideraciones, que sirvieron de base para la caracterización del peronismo desde sus inicios, la figura del conductor aparece dotada de un gran poder sugestivo a partir del cual persuadir los más bajos instintos [¹¹].

El movimiento peronista era retratado a la luz de estos argumentos tanto en términos de su conductor como de sus seguidores. A menudo confluían en la caracterización tres elementos: la clase, la raza y el género. Jorge Nállim (2010) analiza cómo mediante el humor político, el Semanario *Argentina Libre /...Antinazi* construía una visión grotesca y denigratoria tanto del peronismo como de las clases populares donde Perón aparecía animalizado y con tez oscura, como un conductor despótico y tiranizado, y sus seguidores en tanto turbas de delincuentes e ignorantes habitadas por mujeres vulgares y prostitutas. Esto último reflejaba la diferenciación entre aquellas mujeres de mal vivir, de las clases populares, y aquellas de comportamiento ejemplar y “función correcta” en la sociedad que no se dejaban seducir por la “orgía peronista”. Históricamente, los argumentos que asocian a las mujeres a figuras tiranas han sido frecuentes y se han expandido por todos los resortes de comunicación, tanto en el cine como en la música y la literatura. La idea de la mujer obnubilada por la fuerza y la imposición de ciertos hombres ha sido retratada como el mismo amor romántico que justifica el ejercicio de la dominación de un sexo sobre el otro.

Para las mujeres antiperonistas la cuestión pasaba por la necesidad de combatir la ignorancia que hacía a las mujeres propensas a dicha dominación y no por cierta

¹¹ Más allá de compartir ciertas posturas con las socialistas respecto al peronismo las comunistas eran cuestionadas por éstas que las consideraban parte de aquello mismo a lo cual se oponían. Ello en la medida en que denunciaban el autoritarismo peronista a la vez que defendían a la URSS que era otra versión de lo mismo. En 1947, Moreau de Justo y De la Peña protagonizaron una disputa en las hojas de la publicación comunista *La Hora* y la socialista *Vanguardia Femenina*. Moreau de Justo (1947b) publicó un artículo donde argumentaba que existían en el mundo dos imperialismos en pugna: la Unión Soviética y Norteamérica. Sostenía que el carácter imperialista de la URSS quedaba demostrado en su expansión de raigambre “totalitaria” en todo el Oriente de Europa. De la Peña (1947) calificó estos argumentos de “trillados” y “reaccionarios” y acusó a Moreau de Justo de propiciar la “tercera posición” al aceptar la división del mundo en dos bloques antagónicos y utilizar para acusar a la URSS de imperialista el trillado argumento reaccionario de: “la expansión rusa que se ejerce sobre todo el Oriente de Europa”. Esta discusión refluía en los 50 y remitiría a profundas discusiones entre el PS y el PCA. Aun cuando sus ideas hayan respondido a repertorios políticos disímiles ambas coincidieron en caracterizar al peronismo de autoritario recurriendo a conceptualizaciones que hacían al clima interpretativo de la época.

propensión natural que tendrían hacia ésta, como se reflejaba en algunos de los medios de prensa en las cuales muchas de ellas escribían. Para la mayoría de las antiperonistas, hombres y mujeres eran proclives a la sujeción colectiva, y si unas llegaban a serlo más que los otros, no era producto de una evolución biológica desigual entre los sexos, sino de la imposibilidad que tenían las mujeres de acceder a mayores niveles de educación. Ello generaba una tensión dentro de los propios espacios en los que éstas se movían, en donde los prejuicios hacia las mujeres en la caracterización del peronismo estaban muy presentes. No obstante, dicha tensión se disipaba cuando el sujeto de cuestionamiento era Eva Perón. Las antiperonistas coincidían con sus pares masculinos en ejercer contra ésta argumentos de oposición basados en la discriminación de género donde se enlazaban elementos arraigados en las estigmatizaciones de clase. Para Moreau de Justo, la acción social llevada a cabo por Evita, la cual circunscribía a la distribución de paquetes como medio de propaganda oficial: “revela en quien lo hace la idea de que el pueblo argentino es un pueblo de mendigos, que su actitud natural es estar en mangas de camisa (cuando la tiene) y con la mano tendida. Tal vez más adelante, cuando no baste tender la mano, tendrá que estar de rodillas” (Moreau de Justo, 1947a: 5).

De cualquier modo, para la mayoría de las mujeres que participaban de la lucha antifascista, la figura de Perón –como lo sería también la de Evita– aparecía asociada a las de tiranía y demagogia. Ambos atributos se hacían presentes en sus intervenciones discursivas: la propagación del miedo y la manipulación mediante el despertar en sus seguidores de los más bajos instintos. Escribía María Luisa Berrondo, del PS: “En América, se perpetúa el sistema de terror y la violencia, a través de sus múltiples y nefastos tiranos, tiranuelos, caudillos y caudillejos. Los resultados son visibles, pueblos encanijados, manejables como rebaños, ausencia de opinión pública, tumultuosos estallidos de fuerza destructora” (Berrondo, 1948: 6) [12]. Perón no era más que un “pseudo conductor” alimentado por la ignorancia o ingenuidad de las masas.

Desde el socialismo, el comunismo y el radicalismo, como en el caso de ciertas intelectuales y mujeres identificadas con el catolicismo, el peronismo se presentaba como un régimen en donde la “manipulación psicológica” era central a la hora de

¹² Berrondo referiría sobre todo a Brasil y el gobierno de Getúlio Vargas (1930-1945). Un estudio comparado exhaustivo respecto al modo en que se constituyeron el peronismo en Argentina y el varguismo en Brasil, así como sus cercanías y distanciamientos, es el libro de Alejandro Groppo (2009); vid. también Bohoslavsky (2012).

amedrantar seguidores. Así había sido en la Italia Fascista, la Alemania nazi y la España de Franco, y así se instalaban resabios de estos gobiernos en nuestro país. Nelly Saglio, también del PS, aborda los casos de los tres países europeos a partir de la educación de niños y jóvenes, a la vez que resalta su influencia en el contexto argentino. Su postura hace posible pensar la influencia que tenían en su pensamiento ciertos saberes que hacían al ambiente interpretativo de la época. Más allá de no poder pautar de modo preciso cuánto influían o no teorías como la de la *psicología de las masas* en la posición que las mujeres antiperonistas tomaban frente al peronismo lo cierto es que su presencia en las intervenciones discursivas de éstas no puede ser desestimada. Sostenía Saglio:

“Concurrencia a ceremonias, discursos de propaganda y a actos de fuerte contenido emocional. El fascismo utilizó todos los resortes de la psicología colectiva y los del mundo irracional del niño para atraerse jóvenes que se encontraban ligados a él por recuerdos inolvidables y emociones profundas [...]” (Saglio, 1948: 26).

Asimismo, remarcaba que:

“los líderes nazis estaban bien asesorados por psicólogos del talento. Estos resortes de psicología infantil y juvenil estuvieron bien manejados para urdir con elementos históricos elegidos tendenciosamente, con pompas religiosas que explotaban una mística al servicio de intereses de marcado sabor positivista [...] Los cronistas la señalan en las reacciones juveniles que todavía creen en el Führer ‘Guía iluminado’, en una nación de elegidos de Dios” (Saglio, 1948: 30).

Por su parte, el régimen franquista:

“tiene una auténtica puerta de descarga psicológica: la militarización y el odio por las libertades conscientes y actuantes

son incubados en los niños, hijos de republicanos enemigos del totalitarismo” (Saglio, 1948: 31).

Para la socialista, el carácter de militarización franquista de la infancia no podía diferenciarse mucho del fascismo y el nazismo. Lo que lo distinguía, muy especialmente, era el matiz acentuadamente católico que exigía devoción simultánea a la espada y a la Iglesia católica. A la vez, la preocupación del Estado franquista en términos de la militarización de la juventud, tenía una particularidad y es que se dirigía principalmente a los hijos de opositores del régimen a fin de purgar los delitos de pensamiento. Era allí donde el Estado tenía una “auténtica puerta de descarga psicológica”. Saglio sostenía que estos hechos eran de dolorosa actualidad: “Europa no se ha recobrado aún de sus heridas y ya entre nosotros la cruel experiencia sigue los pasos de su antecesora fracasada en el viejo mundo [...] la reacción ya apunta en el nombre de la Espada y de la Cruz” (Saglio, 1948: 50). En este sentido, concluía que ningún gobierno a cuyo frente estuviesen los militares podía ser bueno ya que se intentaba trasladar “el régimen del cuartel a las escuelas, las oficinas públicas y a la vida de toda la nación” (Saglio, 1948: 51). También desde la Unión Cívica Radical (UCR) se cuestionaba la importación del nazifascismo en la política local: “En la Argentina –dijo Martínez Guerrero– todavía no nos hemos librado de nuestros fascistas. Seguimos bajo la férula de un militar, que estudió en Italia y en Alemania, y que copió sus ideas de las de Hitler y Mussolini.” (*La Prensa*, 1945: 7).

Desde sus declaraciones sobre la toma y luego la “liberación” de París (1940/1944), así como en el relato de sus viajes, y sus editoriales en la revista *Sur*, Victoria Ocampo dejaba entrever también su miedo a la instauración de un régimen fascista en el contexto argentino y latinoamericano. En 1945, tras la caída del Eje y el fin de la Segunda Guerra Mundial, argumentaba que el nazi-fascismo había sido barrido de Europa, a excepción de España. No obstante, América no estaba libre aún de la contaminación de este tipo de regímenes: “La enfermedad se ha generalizado a tal punto que los focos de infección todavía permanecen activos, aquí y allá, bajo las formas más imprevistas, más nocivas” (Ocampo, 1945: 8). Esta posición era replicada en otras notas de la revista *Sur*, escritas por colegas, y en textos literarios como los de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. En el cuento *La fiesta del monstruo* (1977), escrito bajo el seudónimo H.

Bustos Domecq y fechado en 1947, estos últimos hacen alusión a la “fiesta peronista” en tanto forma de llamar desde la oposición a los actos y ceremonias en apoyo a Juan Domingo Perón. Allí establecen una clara demarcación entre un sector de la sociedad, culto y civilizado, y aquellos que imbuidos y ciegos en la figura del tirano/monstruo son la expresión más tajante de la “incultura”. En una de sus tantas intervenciones en *Sur*, Borges precisaba que las dictaduras fomentaban la opresión y el servilismo, pero lo más abominable “[...] es el hecho de que fomentan la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y muera prefijados, muros exornados de nombres, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez. Combatir esas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor” (Borges, 1946: 115).

Asimismo, María Rosa Oliver, colaboradora también de la revista *Sur* y amiga de Ocampo, argumentaba la necesidad de pensar al peronismo como un mal entendido nacionalismo o patriotismo y a Juan Domingo Perón como un “Nerón arbitrario” que ennegrecía y nubilaba a sus seguidores. En sus comentarios a una novela de Miguel de Asturias, titulada *El señor presidente*, sostenía:

“En la novela de Miguel Ángel de Asturias, parte de los atropellos se producen durante los festejos en honor del ‘Benemérito’, días sonoros de dianas matinales, retumbantes de discursos cantinflescicos, empolvoreados de arena para los desfiles y tremolantes de banderas, mientras en la Plaza Central ‘se alza de noche la clásica manta de las vistas a manera de patíbulo y se exhiben fragmentos de películas borrosas a los ojos de una multitud que parece asistir a un acto de fe; los edificios se destacan iluminados sobre el fondo del cielo y como turbante se enrolla un tropel de pasos alrededor del parque de forma circular, rodeado de una verja de agudísimas puntas’ [...] Tampoco cesa el amor; ni el que brota, florece y se desgaja entre el favorito del presidente y la niña que él le ‘robó a la muerte en una noche de fuegos de artificio’” (Oliver, 1949: 75)

Oliver y otros intelectuales de la época, sobre todo quienes gravitaban el círculo de la revista *Sur* identificada con la tradición democrática y liberal, leyeron al peronismo como un movimiento que en tanto “nazifascista” había sumido al país en la “indigencia cultural”, esto es, como un gobierno autoritario pero también como una manifestación de la decadencia cultural a nivel local (Fiorucci, 2006). En ello, la escritura de ficción era también un medio de expresión, como las críticas literarias y cinematográficas. Durante todo el período peronista Silvina Ocampo canalizó en algunas de sus poesías la crítica al gobierno de Juan Domingo Perón. Una de éstas refería al 17 de octubre de 1945, histórico en el contacto de Perón con el pueblo: “[...] He oído como en sueños a un tirano/ con una quejumbrosa exultación/ interrumpir la noche, en un balcón/ amenazando un trágico verano. [...] Yo vi una turba histérica, incivil/ que a la Casa Rosada se acercaba/ mientras que en la memoria se mezclaba/ como un recuerdo, ya, el presente hostil” (Ocampo, 1945: 6). Se vislumbra, así, el modo de caracterizar al peronismo, donde lo local es leído a la luz de sucesos transnacionales a la vez que el presente es puesto en comparación/relación con un pasado que intenta ser evitado en todo posible resurgir. Dentro de ello, el descontrol, la violencia, y el miedo, son retratados como moneda corriente: “[...] he visto disparar ciegos caballos/ y elevarse los sables como rayos/ castigando a mujeres en las plazas. / Vi morir a estudiantes tristemente, asesinados por la policía/ y en la profundidad azul del día/ la cobardía, abyecta, impenitente” (Ocampo, 1945: 6).

Esta forma de retratar al peronismo, tanto en sus seguidores como en la figura propia de Perón, donde se mezclan elementos de clase y procedencia regional y provincial, era corriente en el espacio intelectual de la época. Tal el retrato que se hace de los concurrentes a un acto peronista, pertenecientes a sectores vulnerables del Gran Buenos Aires, en la citada ficción *La fiesta del Monstruo*. Éstos son caracterizados como mal hablados y delincuentes, con rasgos de animalidad e incultura, dejando en claro el tradicional contraste entre lenguaje literario y no literario, para construir un eficaz mensaje estético (Orce de Roig, 1999: 242). Resabios de la *psicología de las masas* en la “ideología de la barbarie”, como se le solía llamar, hacían eco en la dicotomía racional/irracional que ponía de un lado al peronismo y del otro a sus opositores:

“Escorias sacadas –justa o injustamente– de la República de Platón, de Nietzsche y de Heidegger; viejos cuentos raciales, políticos y económicos, todos destinados a rebajar la dignidad del hombre a convertirlo en una bestia obediente e irracional, apta para servir los designios del fascismo; y todo mezclado, a alta temperatura, con tratado de Versalles, odio contra los judíos, resentimientos y bajas pasiones. Así fue elaborada la ideología de la barbarie” (Sábato, 1945: 29) [13]

Frente a la “barbarie peronista” lo único que parecía restar era oponer la “alta cultura” y, en este sentido, la crítica cultural y la literatura de ficción eran herramientas viables. Esta forma de oposición indirecta, o silenciosa, al peronismo reunió al campo intelectual no peronista en torno a otras actividades o instituciones que lo mantuvieron al margen del control gubernamental [14]. Durante el peronismo se repite en el campo intelectual, invertida, la polarización que domina en el resto de la sociedad: una minoría de intelectuales adhiere al movimiento mientras la mayoría lo rechaza. En general, los llamados “intelectuales peronistas” comprendían a los “nacionalistas” y algunas figuras de la izquierda, si bien intentaron darse un lugar en el nuevo movimiento político fracasaron en sus intentos de convertirse en ideólogos de éste (Terán, 2010: 261).

La conjunción entre una perspectiva general de desconfianza hacia las masas y la figura de un conductor con rasgos autoritarios se constituyó también en una estrategia de oposición en algunos sectores del catolicismo. En sus primeros años, las críticas que las mujeres realizaron desde el ámbito católico al peronismo fueron realizadas, principalmente, desde el ala liberal del catolicismo frente al llamado catolicismo nacionalista. Este último se definía por su oposición al liberalismo, su reinterpretación del sentido de “argentinidad” asociado a las raíces católicas e hispánicas del legado

¹³ Sábato era un colaborador recurrente de la revista *Sur* y si bien su oposición al peronismo confluía con la de Victoria Ocampo, difería con esta última principalmente respecto al rol de la mujer en la sociedad con base en la idea de la desigualdad de saberes y capacidades entre hombres y mujeres. La discusión entre ambos sobre este tema puede leerse sobre todo en: Sábato, 1952; Sábato y Ocampo, 1952.

¹⁴ Varios autores, aunque con diferentes matices, han sostenido esta tesis respecto a la relación entre el peronismo y los intelectuales. Respecto a las instituciones o medios de crítica que implicaron una oposición silenciosa a Perón cabe recordar el teatro independiente (Teatro del Pueblo) que tuvo mucha libertad durante el período. Se crearon, también, espacios de resistencia y producción cultural como las revistas *Realidad*, *Imago Mundi* y *Ver*, entre otras, y continuaron funcionando instituciones como la Sociedad Argentina de Escritores, el Colegio Libre de Estudios Superiores y el Instituto Libre de Segunda Enseñanza. Vid. Fiorucci, 2011; Sigal, 2002; Neigburg, 1998; entre otros.

colonial, y su preferencia por políticas corporativistas. La jerarquía eclesiástica vio en el peronismo (no sin tensiones) un signo prometedor para la Iglesia a través de ciertas políticas de gobierno como la de transferencia de gastos del Estado a ésta y la limitación de la libertad de culto no católico; situación que iría variando a través de los años hasta desembocar en un conflicto radical Iglesia-Estado en 1955 (Ghio, 2007; Zanca, 2013).

Desde el ala liberal del catolicismo Eugenia Silveyra de Oyuela, asidua colaboradora de *Argentina Libre/ ...Antinazi*, refería a Perón como un “tirano” que revivía el programa nazi “con la técnica inmoral de Hitler, entregando prebendas y favores, atemorizando con torturas físicas y morales, desorientando a las masas y anulando a los dirigentes” (Silveyra de Oyuela, 1946a: 5). En este sentido, acusaba a la jerarquía eclesiástica argentina de ser responsable de la “influencia de un nefasto clericalismo a favor de la candidatura del coronel” (Silveyra de Oyuela, 1946b: 3) discordando, así, de la posición papal que defenestraba todo régimen totalitario: “Pío XII reprueba la política de caudillos, de masas ciegas dominadas y dirigidas por el Estado” (Silveyra de Oyuela, 1947: 3). También Mila Forn de Oteiza Quirno criticaba desde la revista *Criterio* al peronismo por esconder bajo un supuesto “sentimiento patriótico” formas de nacionalismo opresoras del pueblo. Consideraba que la política ofuscaba en los hombres la fe cristiana, lo cual se relacionaba con dos grandes errores: el comunismo, enemigo externo de la Iglesia Católica, y el nacionalismo exacerbado, enemigo interno. Respecto a esto último, precisaba que no había católicos identificados con el comunismo pero sí con el nacionalismo exacerbado: “Las teorías totalitarias se han abierto camino entre muchos católicos disfrazándose de moderadas [dando lugar a] un falso catolicismo político” (Forn de Oteiza Quirno, 1946: 76-77).

Las antiperonistas identificadas con el catolicismo cuestionaban al peronismo por utilizar elementos propios del campo religioso para fines que no eran otros que el propio “enceguecer de las masas”. En este sentido, Perón era definido como un “Falso Apóstol”, al igual que Mussolini y Hitler, que no hacía sino introducir la confusión en los cristianos sobre los principios básicos y alcances del Evangelio. Lo que estos regímenes pretendían -muy lejos de una defensa e invocación de la doctrina cristiana- era ordenar la religión con miras al éxito de la política y una supuesta unidad nacional (Silveyra de Oyuela, 1945: 7) Sostenía Josefina Molina y Anchorena: “De ahí que se

produzca la confusión más espantosa en las mentes. Se comienza por vaciar de su sentido fórmulas genuinamente cristianas, y luego se las presenta cual si fuesen la auténtica expresión del mensaje evangélico” (Molina y Anchorena, 1947: 1089). En este sentido, los sentimientos religiosos que expresaba compartir el peronismo no eran para estas mujeres sino una muestra de lo espiritual vacío de contenido, una “espiritualidad desencarnada” (Molina y Anchorena, 1947: 1089).

La estrategia de caracterización del peronismo a partir de la experiencia nazifascista y la recurrencia, para ello, a la *psicología de las masas*, declinó una vez que el peronismo se constituyó en gobierno constitucional. Ante el fracaso de la apelación antifascista como base de la campaña electoral de la Unión Democrática para las elecciones presidenciales que dieron la victoria a la fórmula Perón-Quijano en 1946, la conceptualización del peronismo como fascista comenzó a ocupar un lugar marginal en la política nacional de los principales dirigentes políticos opositores. Ésta recorrería un camino cada vez menos claro y polisémico constituyéndose en una alusión desdibujada antes que en un foco de análisis y movilización (Bisso, 2007: 48).

No obstante, la dicotomía fascismo-antifascismo siguió siendo central en las argumentaciones de la mayoría de las mujeres que participaban activamente en los debates políticos de la época. ¿Por qué después de 1946 las mujeres siguieron manteniendo la lucha antifascista como eje principal de su oposición al gobierno? En algunos casos, estas mujeres tuvieron su primera experiencia política en la lucha antifascista, sin relación directa a lo que eran cuestiones ligadas a demandas o reclamos relacionados con el mejoramiento de la condición femenina. En otros, si bien venían teniendo actuaciones públicas desde antaño, la lucha antifascista les permitió contar con una mayor participación en la esfera pública. De modo que si bien sus intervenciones discursivas no se limitaron a caracterizar al peronismo como nazifascista, totalitario, etc., dicha prédica se constituyó en una base a partir de la cual se diagramaron sus intervenciones sobre los diferentes hechos políticos que se sucedían en ese entonces.

Así, hacia finales de la segunda presidencia de Juan Domingo Perón, interrumpida en 1955 por la llamada “Revolución Libertadora”, la estrategia de oposición basada en la caracterización del gobierno como nazifascista fue retomada en todo el espectro

antiperonista, aún en las lecturas que se hicieron sobre éste después de su caída, situación que supuso una reactualización argumentativa de la *psicología de las masas*. Argumentaba el socialista Américo Ghioldi: “La simple enumeración de los nuevos hábitos creados para lograr la manifestación psicológica del pueblo, explica en profundidad las transformaciones mentales operadas bajo la tiranía. Esta trabajó bajo el archipiélago de los hombres, desarrollando los temores instintivos y las ignorancias elementales pero fundamentales” (Ghioldi, 1956: 79) ^[15]. Para Ghioldi, el fascismo no era sólo un sistema y una práctica de gobierno, sino también un “modo de vida”: “El movimiento humano y social bajo el totalitarismo exige el estudio [...] de los movimientos psicológicos que generan las costumbres y los modos de ser del individuo” (Ghioldi, 1956: 80). A fines de 1955 Victoria Ocampo publicó en Sur la editorial “Por la reconstrucción nacional”, en ella sostenía: “El mal que ha hecho la mentira sistematizada de la dictadura [...] y el mal de las mentiras que la precedieron, la prepararon y la hicieron viable, es de sobra patente. Cuánto tacto, cuánta paciencia se necesitará para deshacerlas, para extirparlas de los corazones ingenuos donde han anclado, convirtiéndose en creencias” (Ocampo, 1955: 7)

Como sostiene Jorge Nállim (2014), la idea de una Argentina aliada a Hitler, perpetrada por una “quinta columna” de partidarios del Eje, era a todas luces una exageración. Perón no era un totalitario igual a Hitler, ni tampoco a Mussolini, y muchos menos un teórico dogmático. Para el autor, Perón y el peronismo combinaron rasgos democráticos e inclusivos junto con otros más autoritarios y excluyentes; de allí que las lecturas sobre éste, sea cual fuera el ámbito desde el cual se realizan, tengan que ver con qué parte del legado peronista se enfatiza. La dificultad está en que ambas partes se entrelazan y suponen entre sí por lo cual resultan inseparables una de la otra. En las discusiones que se dieron en el contexto de la época respecto a las caracterizaciones del peronismo, las mujeres hablaron y opinaron sobre temas hasta entonces circunscriptos mayoritariamente a los hombres y que excedían las reivindicaciones formales de derechos. Para Dora Barrancos (2008), siguiendo la metáfora del historiador inglés

¹⁵ Si bien este escrito fue publicado en 1956 está firmado: “Montevideo, 1954”. Al igual que otros/as militantes y dirigentes del espacio político opositor al peronismo, Américo Ghioldi se exilió en Uruguay desde donde se sentaron redes de cuestionamiento a través de organizaciones y publicaciones periódicas sobre la política argentina en las cuales confluían o se entrelazaban las tradiciones y repertorios de ambos países. Algunos aportes sobre el tema, desde distintas perspectivas, pueden leerse en: García Sebastián, 2005; Oddone, 2004; Gambini, 1999; Panizza, 1990.

Christopher Hill, la historia de las mujeres y la diferencia sexual pone el mundo patas para arriba. Nos obliga a volver en el tiempo no para hallar minuciosidades que las ciencias sociales muchas veces han dejado pasar sino para cambiar el orden de las interpretaciones hegemónicas que hicieron, de la historia misma, un universo de comprensión masculina en el que las mujeres eran concebidas como actores intrascendentes.

4. PALABRAS FINALES

La conjunción entre una perspectiva general de desconfianza hacia las masas y la figura de un conductor considerado autoritario tuvo un lugar importante en el modo en que las mujeres antiperonistas construyeron su oposición al peronismo. La apelación a ciertas lecturas que circulaban en la época, y que cuestionaban/indagaban el comportamiento del individuo en las masas y el peligro de “infección de las multitudes”, permitió explicar el apoyo cada vez mayor que recibía el peronismo de la población. El antiperonismo tomó ingredientes de la Italia fascista, el franquismo español y el nazismo en Alemania para caracterizar, en múltiples entrecruzamientos con el pasado argentino, el fenómeno peronista desde sus inicios.

La lucha antifascista abrió las puertas al accionar femenino en la esfera pública a la vez que facilitó su participación en las diferentes discusiones que hacían al clima político de la época y que excedían aquellos temas de mujeres en los cuales históricamente se pensaba su participación como el hogar y la familia. El hecho de salir de sus hogares e invadir las calles en un movimiento que respondía a la vertiginosidad de los tiempos y que consideraba la necesidad de actuación inmediata para evitar toda posible recepción nazifascista en el contexto local, despertaba su interés por lo político y el derecho a opinar y proponer en un contexto que exigía respuestas. Muchas mujeres comenzaron a cuestionar ciertas decisiones de gobierno y a formar parte de un espacio político opositor al peronismo que a menudo hizo que compartiesen las mismas ideas que sus compañeros y otras tantas veces las llevó a salirse del libreto partidario, o del espacio intelectual o católico con el cual se identificaban.

Así, aun cuando la prédica antifascista dejó de ser el principal canal de oposición al peronismo una vez que éste se constituyó en gobierno constitucional, las antiperonistas siguieron apelando a la idea de la “barbarie peronista” como producto de la manipulación psicológica de sus seguidores. Ello no implica que sus escritos y discursos se hayan limitado a caracterizar al peronismo como nazifascista sino que dicha apelación fue una base sobre la cual se diagramó su oposición a un movimiento que consideraban retrotraía a las mujeres, y a los hombres, a un grado de ignorancia e “indigencia cultural”. Frente a un movimiento político que ganaba continuamente adeptos, las antiperonistas intentaron encontrar una explicación al modo en que consideraban éste se aprovechaba de la “ingenuidad” de las personas, convirtiéndose en creencias y dogmas que rozaban el fanatismo.

Aquellas figuras que no se identificaron con el peronismo ejercieron una oposición sistemática a éste y sus principales conductores que abarcó una multiplicidad de temas (económicos, partidarios, sociales, jurídicos y de reivindicación de derechos, entre otros). Ello nos deja entrever, por un lado, que las mujeres no se han limitado históricamente a hablar sólo de mujeres, y, por el otro, que es en el espacio público y político donde se da un accionar femenino a menudo olvidado o silenciado en los relatos históricos.

5. BIBLIOGRAFÍA

Barrancos, D. (2008). *Mujeres entre la casa y la plaza*, Buenos Aires, Sudamericana.

Berrondo, M. L. (1948). *El miedo como instrumento corruptor del pueblo*, Buenos Aires, Unión de Mujeres Socialistas.

Bisso, A. (2007) (et al.). *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, Buenos Libros, CeDInCI Editores.

Bohoslavsky, Ernesto “Antivarguismo y antiperonismo (1943-1955): similitudes, diferencias y vínculos” en *Anuario N° 24*, Escuela de Historia, *Revista Digital N° 3*,

Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2011-2012, 73-97.

Borges, J. L. (1946). “Palabras pronunciadas por Jorge Luis Borges en la comida que le ofrecieron los escritores” en *Sur*, N° 142, XV, Buenos Aires, 114-115.

Borges, J. L.; Casares, Adolfo Bioy (1977). “La fiesta del monstruo” en *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, Buenos Aires, Librería de la ciudad.

De la Peña, A. (1946). *La mujer argentina en la lucha por su emancipación*, Buenos Aires, Anteo.

De la Peña, A. (1948). “Tres décadas de lucha por los derechos de la mujer” en *Orientación*, Buenos Aires, 6 de enero de 1948.

De la Peña, A. (1947). “Acerca de un artículo de la Dra. Alicia Moreau de Justo. Es la política expansionista de los monopolios imperialistas la que pone en peligro la paz” en *La Hora*, 30 de septiembre de 1947.

Edelman, F. (2001). *Feminismo y marxismo. Conversaciones con Claudia Korol*, Buenos Aires, Ediciones Cuadernos Marxistas.

Fiorucci, F. (2006). “El antiperonismo intelectual: de la guerra ideológica a la guerra espiritual” en García Sebastiani, M. (ed.) *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo*, Iberoamericana, Madrid.

Fiorucci, F. (2011). *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblios.

Forn de Oteiza Quirno, M. (1946). “Tiempos angustiosos” en *Criterio*, N° 931-2, XVIII, Buenos Aires, 24 de enero de 1946, 76-77.

Gambini, H. (1999). *Historia del Peronismo*. Buenos Aires, Planeta. Tomo I: *El poder total (1943-1951)* y Tomo 2: *La obsecuencia (1952-1955)*.

García Sebastián, M. (2005). *Los antiperonistas en la argentina peronista. Radicales y Socialistas en la política argentina entre 1943-1951*, Buenos Aires, Prometeo.

Ghio, M. J. (2007). *La Iglesia Católica en la política argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

Ghioldi, A. (1956). “Folklore fascista y peronista” en *De la Tiranía a la Democracia Social*, Buenos Aires, Gure, 1956, 79-90.

Grosso, Alejandro (2009). *Los dos príncipes: Juan Domingo Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano*, Villa María, Eduvim.

James, D. (1999). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.

Junta de la Victoria (1941). *Estatutos*, Buenos Aires.

La Prensa, 29 de noviembre de 1945, p. 7.

La Vanguardia (1936). “Los ‘nazionalistas’ como fascistas criollos”, Buenos Aires, 8 de octubre de 1936, p. 8.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Le Bon, G. (1905). *La Psychologie des foules*, Paris: Édition Félix Alcan, 9e édition [trad. esp.: *Psicología de las multitudes*, Madrid, Daniel Joro, 1911]

McGee Deutsch, S. (2013). “Mujeres, Antifascismo y Democracia: La Junta de la Victoria, 1941-1947” en *Anuario IEHS*, Tandil, N° 28, 157-175.

Molina y Anchorena, J. (1947). “Más allá de la tormenta” en *Criterio*, N° 1024, Año XX, Buenos Aires, 6 de noviembre de 1947, 1086-1090.

Moreau de Justo, A. (1945). *La mujer en la democracia*, Buenos Aires, El Ateneo.

Moreau de Justo, A. (1947a). “Las mujeres contra el totalitarismo” en *Argentina Libre*, Buenos Aires, 12 de Junio de 1947, p. 5.

Moreau de Justo, Alicia (1947b). “Conferencia Nacional de Mujeres Socialistas” en *La Vanguardia Femenina*, 19 de agosto de 1947.

Nállim, J. (2010). “Clase y género en la representación gráfica del discurso antiperonista” en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, año XXIV, vol. 3, n° 133, México, Universidad Nacional Autónoma de México, julio-septiembre de 2010, 43-73.

Nállim, J. (2014). *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

Neigburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo: estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza.

Ocampo, S. (1945). “Esta primavera de 1945, en Buenos Aires” en *...Antinazi*, 29 de noviembre de 1945.

Ocampo, V. (1945). “Declaraciones sobre la paz” en *Sur*, XIV, Buenos Aires, Sur, julio de 1945, 7-8.

Ocampo, V. (1955). “Por la reconstrucción nacional” en *Sur*, N° 237, Buenos Aires, Sur, noviembre-diciembre de 1955, 2-8.

Oddone, J. (2004). *Vecinos en discordia. Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos. Selección de documentos. 1945-1955*, Montevideo, El Galeón.

Oliver, M. R. (1949). “Novela, poesía. Miguel Ángel Asturias: El señor presidente (Losada, Buenos Aires, 1949)” en *Sur*, XVII, julio de 1949, 73-77.

Oliver, M. R. (1971). *Entrevista realizada por Leandro Gutiérrez*, Buenos Aires, Proyecto de Historia Oral, Instituto Torcuato Di Tella.

Oliver, M. R. (2008). *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Orce de Roig, M. E. (1999). “La ‘Fiesta del monstruo’ de ‘Biorges’: un texto diferente” en *Revista de Literaturas Modernas*, N° 29, Mendoza, Argentina, 233-248.

Panizza, F. (1990). *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Perrig, Sara (2013). “Alcira de la Peña, los derechos políticos femeninos y las elecciones de 1951” en *Cuadernos del IDES*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social, 27, 1-21.

Potash, R. (1984). *Perón y el GOU. Los Documentos de una Logia Secreta*, Buenos Aires, Sudamericana.

Ramos Mejía (1899). *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Kraft, 1952.

Rosanvallon, P. (2002). “Para una historia conceptual de lo político (nota de trabajo)” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, 123-133.

Sábato, E. (1945). “La única paz admisible” en *Sur*, XIV, Buenos Aires, Sur, julio de 1945, 28-43.

Sábato, E. (1952). “Sobre la metafísica del sexo” en *Sur*, 209-210, Buenos Aires, Sur Marzo-Abril de 1952, 24-47.

Sábato, E.; Ocampo, V. (1952). “Sobre la metafísica del sexo” en *Sur*, N° 213-214, Buenos Aires, Sur, Julio-Agosto de 1952, 158-164.

Saglio, N. (1948). *De frente, march! Por la paz, contra el militarismo*, Buenos Aires, Unión de Mujeres Socialistas.

Sigal, S. (2002). “Intelectuales y peronismo” en Torre, Juan Carlos (Comp.) *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, VIII, Buenos Aires, Sudamericana, 481-522.

Silveyra de Oyuela, E. (1944). “El mensaje papal y la confusión Argentina”, en *Argentina Libre*, 28 de diciembre de 1944, 2 y 4.

Silveyra de Oyuela, E. (1945). “Dos equívocos fatales: ‘Católico’ y ‘Comunista’ en ... *Antinazi*, 15 de marzo de 1945, 7.

Silveyra de Oyuela, E. (1946). “Juguemos bien las cartas del triunfo” en ...*Antinazi*, 17 de enero de 1946, 5.

Silveyra de Oyuela, E. (1946). “Los católicos peronistas perdieron su batalla” en ... *Antinazi*, 21 de enero de 1946, 3.

Silveyra Oyuela, E. (1947). “Perón enfrenta a Pío XII” en *Argentina Libre*, 17 de julio de 1947, 3.

Svampa, M. (2006). *El dilema argentino: civilización o barbarie*, Buenos Aires, Taurus.

Taine, H. A. (1878). *The Revolución*, Londres: Daldy, Isbister and Co [trad. esp.: *Los orígenes de la Francia contemporánea*, Barcelona: Orbis, 1986]

Terán, O. (2010). *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Valobra, A. (2005). “Partidos, tradiciones y estrategias de movilización social: de la Junta de la Victoria a la Unión de Mujeres Argentinas” en *Prohistoria*, Año IX, N° 9, Rosario, Prohistoria, 67-82.

Zanatta, L. (1999). *Perón y el mito de la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana.

Zanca, J. (2013). *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI.

* * *

Sara Perrig es candidata a doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (UNGS-IDES). Licenciada en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Villa María (UNVM). Becaria Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), 2008-2013. Miembro del Programa Ciudadanía y Derechos Humanos del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto de Desarrollo Económico y Social (CIS-IDES/ CONICET). Docente del Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales/ Universidad Nacional de Villa María (IAPCS-UNVM). Sus principales temas de investigación son peronismo, antiperonismo, género e historia de las mujeres.